

¿De dónde viene la crisis de la profesión docente?



La crisis, en cierta forma algo inherente a la educación, es un conflicto y el profesorado está llamado a tener un papel activo en él.

Algunos elementos lo desestabilizan, como la sustitución de "contenidos" por "competencias" o las dificultades para atender a una creciente diversificación multicultural. Para el autor, la "crisis del profesorado" es una situación de hastío tras 20 años de reformas que nadie se ha preocupado de contarle qué significarían para él.

Decimos que algo o alguien está en crisis cuando la percepción del mundo, la sociedad, la cultura de referencia, nuestro comportamiento y las expectativas que tenemos se inadaptan o desajustan respecto de un determinado orden y contexto al que estábamos acostumbrados, porque hayan tenido lugar cambios en ese medio o porque seamos nosotros los que hayamos cambiado. La crisis es la vivencia del efecto de la desestabilización de nuestra relación con ese contexto, que, en el caso de la educación, generalmente es provocada por los cambios que tienen lugar en el medio social, cultural, político y económico. Y esto se traduce en demandas que nos exigen que cambiemos nuestro comportamiento para adaptarnos a la nueva situación.

JOSÉ GIMENO SACRISTÁN
Universitat de València.

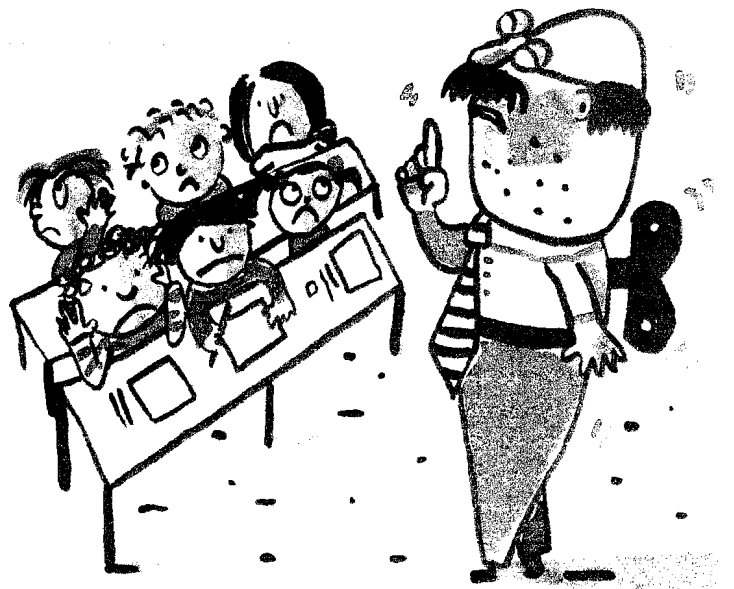
Ese desajuste produce inseguridad, perplejidad. Ante ellas podemos ser más o menos capaces de afrontarlas y salir del conflicto, tener más o menos recursos para encarar la dificultad y encontrar la salida a la situación, suprimiendo o mitigando la ansiedad que origina el conflicto. Son crisis con repercusiones en la identidad personal y profesional, más en el caso de los docentes, al estar implicada su personalidad en el trato que se establece con otras personas. Por eso, las crisis profesionales se manifiestan también como crisis personales, y al revés: las personales pueden afectar al ejercicio profesional.

Un cierto grado de estado de crisis es inherente a la educación y, por lo tanto, de desestabilización de la identidad profesional. El contexto en el que ésta se desenvuelve está constantemente en cambio, lo cual induce a que cambien las relaciones de interdependencia entre la educación y su medio ambiente, así como entre los sujetos implicados y el sistema educativo, que recibe nuevas demandas desde fuera; como pueden cambiar también las funciones de los agentes educativos y sus relaciones recíprocas: familia, profesorado, medios de comunicación, etc. Los alumnos y alumnas nos están mostrando todos los días la realidad cambiante, que no podemos ignorar ni dejar de actuar ante ella. Comprender los cambios, encontrar explicaciones a lo que ocurre y admitir las implicaciones que tiene para nosotros racionaliza el espacio incierto que se abre por delante, y también mitiga la inquietud.

La crisis es un conflicto, no algo necesariamente negativo, y la salida de él no está predeterminada. El profesorado está llamado a tener un papel activo en la resolución del conflicto. ¡Ojalá pudieran plantearse crisis –que no problemas– respecto al sistema dominante! Él es parte del conflicto, ante el que cabe adaptarse a lo que exige de nuevo, resistirse y trabajar en contra, negociar, presentar soluciones propias y defenderlas, ignorar la crisis, pensar que no va con uno, dimitir y salirse del conflicto (el “a mí, que me jubilen”). Es probable que se vuelva la vista atrás, simplificando el conflicto y su explicación, con el argumento de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Hasta puede somatizarse el conflicto y provocar alteraciones de salud.

En nuestro tiempo se están produciendo cambios muy acentuados y en muchos frentes, lo cual hace que la crisis sea vivida con más intensidad. No es fácil encontrar soluciones, no está en nuestras manos el poder para resolver los desajustes. Es preciso pertrecharse de esquemas y estrategias complejas, llegar a un punto de equilibrio, aunque inestable, desde el que poder sentirnos seguros en la inseguridad. Estamos en la sociedad del riesgo, dice Beck (2006), o de la complejidad, como la califica Morin (1994). Por eso creemos que el profesorado debe aprender a sentirse siempre en crisis, en la medida en que sus funciones las desempeña en contextos inestables, sometidos a cambios que hoy son más rápidos, amplios, complejos y decisivos. Es necesaria una preparación sólida para afrontar esas nuevas realidades porque en esta tesitura es preciso forjar una nueva identidad y reconstruir el autoconcepto profesional desde otras referencias.

Los retos hoy planteados no se satisfacen con fórmulas sencillas, pues son los pilares maestros de la educación y de su funcionamiento los que están afectados; hoy, más que certezas, lo que tenemos son preguntas. Ponemos algunos ejemplos.



EVA VIRGILI

Algunos de los motivos que desestabilizan al profesorado

- Ante las dudas no nos sirve la esperanza de disponer de un firme sustento que se apoye en la investigación y en los conocimientos formalizados de las variadas disciplinas académicas para orientar las prácticas. Lo cual no significa que sean inútiles (Gimeno, 1998).

- Si el currículo lo formaban objetivos y contenidos que considerábamos seguros, hoy –ante la dispersión de la información– se buscan las competencias básicas, como si este concepto, con una vieja historia, viniese a decirnos con claridad lo que debíamos haber estado enseñando. Al profesorado se le da a entender que los contenidos no son tan importantes; y sí unas competencias que no se adquieren ni a corto plazo, ni se le dice cómo proceder para conseguir las.

- En una sociedad que se reconoce como “de la información”, qué papel le va a corresponder a la institución informadora por antonomasia que es la escuela, la cual en otros momentos sí que tuvo más relevancia en la difusión de los saberes.

- Cómo seleccionar una estrategia pedagógica con la cual se logre un ambiente productivo, que sea atractivo a la vez que sustantivo, para unos jóvenes que han sido educados (y mal educados, no por ellos) en una sociedad que es más tolerante, con unas familias que quizá han dispensado más disciplina que amor en el pasado, mientras que quizá hoy brinden más amor y menos orden.

- Proponer un proyecto unitario de formación es hoy algo más complicado bajo los planteamientos de la diferenciación o diversificación.

- Cada vez más nos interrogamos acerca de qué puede hacer el sistema educativo y su profesorado con unos jóvenes de destino incierto, en el que no pueden tener mucha confianza: adquirir un mejor nivel de educación pierde valor como promesa de poder tener una vida más segura y agradable. Jóvenes en ciudades inhóspitas en las que expresan culturas muy alejadas de las que se les tolera manifestar en los anodinos ambientes escolares.

- Cómo abordar los problemas de una sociedad multiétnica y multicultural.

- Cómo compaginar la excelencia con la justicia y la importancia de la inclusión social en la educación obligatoria.

- Una inquietud a añadir, que siempre está presente: no saber

qué efectos tendrán a largo plazo nuestros esfuerzos, con unos seres que están sometidos a fuertes influencias en el tiempo no escolar.

Al parecer, las diferentes tradiciones que venían sustentando lo que consideramos eran los principios y fines básicos de la educación han dejado de serlo o han perdido fuerza.

Estas crisis no sólo se aprecian en los discursos de los especialistas y académicos, sino que se pueden ver plasmadas en conflictos reales muy concretos. Desestabilizan, generan inquietud y malestar, pero también pueden ser el origen de estímulos positivos para quienes se las plantean y para quienes las abordan. Son interrogantes para la mente y motivo o referencia para ensayar nuevas prácticas. Son desestabilizaciones creadoras que no deterioran la identidad profesional, sino que la desarrollan sobre bases más seguras.

Cómo se deslegitima al profesorado

En vez de difundir, racionalizar y promover inquietudes que orienten los cambios en el comportamiento, en las actitudes y en la forma de pensar del profesorado, potenciándolo, dotándolo de herramientas para darle seguridad, lo que se ha hecho es mantenerlo en una minusvaloración intelectual, no elevando –y exigiendo– el nivel cultural y científico en su preparación y constante puesta al día. Dicen que somos la octava potencia económica del mundo, pero estamos en uno de los países de la Unión Europea que menos formación da a sus maestros y maestras. Y, además, nos permitimos tener un profesorado de Secundaria con una prácticamente nula formación pedagógica, lo que lo deja desarmado totalmente para afrontar los problemas que se acumulan en la ESO.

Son profesionales que no conocerán en toda su vida activa otra actividad y otro contexto que estar en las aulas, lo cual no los predispone, precisamente, para enfrentarse con la sociedad que se está fraguando.

Contamos con un sistema de promoción de profesorado basado en la antigüedad y en la recolección de justificantes de haber asistido a cursos de lo más variado, pero sin ningún contraste de su práctica ni coherencia con las necesidades más urgentes.

Vemos a jóvenes bien preparados que aspiran a la docencia y se ven excluidos porque se les ponen por delante los que ya están de alguna manera dentro, sin estarlo.

La crisis perceptible en el profesorado hoy está en parte justificada por el hecho de no saber hacer frente a las nuevas situaciones, el no poder percibir su significado y el no saber cómo resolverlas. En realidad, la mayoría no siente crisis alguna, sino que expresa la anomia, el malestar y el deseo de huida. Hoy la principal reivindicación del profesorado es la jubilación anticipada.

El espejo que da la percepción de uno mismo

El profesorado, su figura y sus funciones han sido abordados desde muy variadas perspectivas y según muy distintos propósitos. Los discursos acerca de los profesores y profesoras han sido muy prolíficos en la creación de imágenes acerca de lo que significa o debería ser un educador ideal. Se les ha tratado como si fuesen figuras frágiles, como sujetos con alma delicada, cola-

boradores de la divinidad, sustitutos de las familias, pilares de la patria, personalidades elegidas y peculiares orientadas por una vocación, tutores y guías de los jóvenes, conductores del desarrollo psicológico, guardianes de la infancia, actores y colaboradores de revoluciones, mártires por causas diversas, intelectuales críticos, terapeutas, espejo y ejemplo de virtudes, vehículos de la cultura, artifices en todas las buenas causas, desarrolladores del currículo, investigadores en la acción, etc. También se les ha calificado como trabajadores de la enseñanza, impartidores de clases a domicilio, perseguidos por enseñar ideas heterodoxas, funcionarios burocratizados, profesionales desprofesionalizados, etc.

La imagen inefable

Los profesores y profesoras han sido considerados, alabados y analizados, para resaltar su gran importancia para la educación, el desarrollo de las personas, la reproducción y apropiación de la cultura y el mejoramiento de la sociedad. Se les regala mucha atención y halagos por parte de la retórica, en escritos y pronunciamientos; no son tratados con justicia y reconocimiento por su trabajo; no se acaba de otorgarles el estatus social y cultural que se dice merecen ni una remuneración adecuada en consonancia con el valor que se les reconoce. Podría decirse que su función es muy importante, pero las figuras que lo desempeñan, no tanto; algo así podría decirse de otros grupos de profesionales.

La Carta encíclica de Pío XI (1929) sobre la educación cristiana de la juventud (*Divini illius magistri*), documento decisivo para la orientación de la educación en el primer franquismo bajo el nacioncatolicismo, afirmaba del maestro lo siguiente:

“Las buenas escuelas son fruto no tanto de las buenas legislaciones cuanto principalmente de los buenos maestros, que, egregiamente preparados e instruidos, cada uno en la disciplina que debe enseñar, y adornados de las cualidades intelectuales y morales que su importantísimo oficio reclama, arden en puro y divino amor hacia los jóvenes a ellos confiados”.

La filosofía idealista de la educación también ha sido un terreno fértil del que han surgido imágenes excelsas del profesorado. Spranger (1958), en una obra que lleva el expresivo título *El educador nato*, dice que éste es quien se siente llamado a ejercer la educación, un tipo humano caracterizado por el amor que siente por el niño y por el joven; es decir, un ser ferviente enamorado de los valores que trata de transmitir a los demás. En el camino de terminar lo inacabado se intuye un afán estético en el espíritu del educador. Un impulso cuasi religioso, en el sentido de elevación o dirección hacia una relación superior de valor. El “educador nato” sería considerado como ser perfecto cuando acumulase los atributos propios de la orientación social, estética y religiosa de la personalidad.

La ambigüedad de ser sometido a la mirada de los expertos

Un ejemplo más de la idealización de la figura del profesor y profesora se puede apreciar en la presencia sobresaliente de éstos como objeto o tema de la investigación y de los discursos sobre la educación. Es una forma de darles relevancia, al menos simbólica. Desde la filosofía, las ciencias sociales y, especialmente, desde las que tienen como objeto más inmediato la educación, el pensamiento y la investigación, han tratado a esta figura como un objeto preferente. Con enfoques metodológicos diversos (especulativos, empíricos, cualitativos, etnográficos,

etc., llámense como se quiera), los temas relacionados con el profesorado tienen una presencia mucho más notoria que otros muchos, lo cual nos induce a sospechar.

En el libro *El alumno como invención* (Gimeno Sacristán, 2003) comentábamos la desproporción que existe en la presencia del profesor en la cultura escrita, muy por encima que la del alumno. Manejando los datos de la base del ISBN (junio de 2007), comprobamos que la palabra *profesorado* y sus variaciones aparecen en los títulos de las publicaciones 2,7 veces más que la palabra *alumno* y sus variaciones. La misma operación hicimos, simétricamente, con los términos *médico* y *paciente*, y al primero respecto del enfermo se le cita 0,88 veces.

Simplificando y dándole a esas comparaciones el mero valor de ser una aproximación, podríamos concluir que la literatura acerca del profesorado respecto de la que trata el alumnado es casi tres veces más frecuente que la del médico respecto del paciente. En medicina, podría decirse que preocupan más los enfermos; en educación, nos ocupamos más de los docentes.

Ya sabemos que la comparación despierta reparos, pero si el médico es una figura de no menos presencia social o prestigio que el profesor, ¿qué querría decir esa sobrepresencia de los docentes? ¿Una autocomplacencia, la debilidad del docente, el reflejo de su no del todo deslindada profesionalidad, el menosprecio del sujeto paciente de la educación, una *introyección* por parte de quienes producimos discurso más a favor de la autoidentidad que de nuestros "pacientes"?

La génesis de una identidad mediatizada, negativa y amarga

En la sociedad mediática, las noticias –ya se sabe– si son buenas no son noticia y el boca a boca que sirve a la difusión de las que no lo son constituye el fundamento del barómetro acerca del estado preocupante de la educación. Los problemas agrandados, los juicios infundados, las medias verdades y la simplificación de los problemas han dado una imagen catastrofista del estado de la educación que ha avivado el malestar de los profesores y profesoras, y ha potenciado una visión conservadora, restrictiva y negativa de la educación (Carbonell y Tort, 2006).

Editar un *Panfleto antipedagógico* (título de un librito prologado por un conocido filósofo) que anuncia una especie de *tsunami* en el sistema educativo del país recibe incomparablemente más atención que cualquiera de las numerosas obras e informes que analizan con más sosiego, datos y solvencia los males –y no ahora, ni sólo de ahora– de la educación. Por esas voces mediática muchos pueden creer que alguna maldición ha caído sobre nuestro sistema educativo.

Hablan de pérdidas de nivel, como si se tratase de algo que existió y que los poderes públicos de turno han ido destruyendo. En realidad no serían pérdidas, sino en todo caso no-ganancias u objetivos no conseguidos, porque estaremos de acuerdo en que antes de los noventa, en este país no se hizo ni se pretendió hacer una educación obligatoria de diez años de duración, escolarizando a la población que antes no lo había estado, y no por voluntad o por capricho. La educación es algo contrafáctico; en muchos casos y ocasiones va contra la naturaleza de las realidades objetivas y subjetivas que, en principio, no se mueven en la dirección de nuestros objetivos.

Hacemos esta alusión porque, en nuestro contexto, lo que pudiera denominarse crisis del profesorado es el resultado de un diagnóstico del malestar que arranca de una incorrecta compren-

sión de lo que significaba la ESO, de su mala explicación y de una falta de previsión. Desde entonces se ha ido configurando un estado, en la opinión pública y entre profesionales, agrio y negativo, consolidando un discurso que ha ido amalgamando las insatisfacciones más variadas, construido con las visiones negativas de lo que pasaba. Empezó la confusión con los ataques a la LODE, de la que se dijo que anulaba la libertad de las familias para elegir y que destruía la enseñanza privada. ¡Quién lo diría, hoy! Siguió el anunciado deterioro de la calidad con la LOGSE, cuando se empezaba a aplicar, disponiendo de datos empíricos que aseguraban lo contrario. ¡Cómo si nuestros jóvenes, con más presencia que nunca en la educación superior y escolarizados desde muy temprano, hubieran degradado la formación general del sistema! En paralelo se desató la preocupación por las olvidadas humanidades, ausentes –se decía– de la formación general. Calmado el malestar, no sabemos qué ha sido de las humanidades. A "la ocupación de las iras" por la no buena calidad del sistema vino a animar el pesimismo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Su informe PISA daba datos sobre el mal papel que nuestros alumnos y alumnas mostraban en el escenario internacional. Leyendo más allá del dato, la ahora tan familiar organización también ha dicho que los resultados no son fáciles de explicar, pero sí que tienen relación –concretamente en España– con variables como las relaciones entre profesores y alumnos, el gusto y habilidad para usar ordenadores, el aprendizaje de calidad, el apoyo del profesorado, la implicación en prácticas e interés por la lectura (OCDE, 2001). Estas explicaciones ya no son noticia.

A ese estado de pesimismo y malformación de la opinión, el profesorado ha añadido su malestar y el hastío que veinte años de reformas, que no se han preocupado por transmitirle lo que significaban para él, han dejado en el ambiente. Se declaran derrotados y quemados, a pesar de que, comparativamente con la media europea, tengan mejores condiciones de trabajo y un salario más alto. Tampoco abandonan la profesión, a pesar del malestar; por lo cual están condenados a la desmotivación y a la absorción del conflicto si toda esta dinámica no cambia.

Si el profesorado ha subjetivado el discurso negativo es porque en las simplificaciones que se han brindado ha encontrado explicación a las contradicciones que le producía la crisis de la que hablamos. En aquella explicación propusimos el remedio.

para saber más

- ▶ **Beck, Ulrich (2006):** *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- ▶ **Gimeno, José (1998):** *Poderes inestables en educación*. Madrid: Morata.
- ▶ **Gimeno, José (2003):** *El alumno como invención*. Madrid: Morata.
- ▶ **Morin, Edgar (1994):** *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- ▶ **Spranger, Eduard (1958):** *El educador nato*. Buenos Aires: Kapelusz.
- ▶ **Carbonell, Jaume; Tort, Antoni (2006):** *La educación y su representación en los medios*. Madrid: Morata.
- ▶ **OCDE (2001):** *Knowledge and skills for life*. París: PISA.